

PROLOGO

Hasta hace pocos años nadie ponía en duda la superioridad mundial de Estados Unidos en materia de producción industrial. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas logró equipararse en la investigación espacial y en producción de armamentos, pero quedó muy atrás en bienes de capital y en bienes de consumo inmediato. Ninguna de las otras potencias industriales de ese mundo que se reorganizó después de la Segunda Guerra Mundial estuvo durante muchos lustros en condiciones de competir con la capacidad productiva de Estados Unidos.

El surgimiento de Japón y Alemania occidental, los dos países derrotados en la contienda que finalizó en 1945, como economías industriales de primer plano, es uno de los hechos decisivos de una etapa más reciente. La competencia progresivamente agudizada que caracterizó en los últimos tiempos al mercado internacional puso de relieve la presencia de los países asiáticos de industrialización reciente y, muy particularmente, el extraordinario impulso renovador de la tecnología de punta en Alemania occidental y Japón.

No fue sin dramática sorpresa que algunos economistas y empresarios de Estados Unidos comenzaron a advertir que el producto industrial estadounidense estaba perdiendo terreno en el mercado internacional por su incapacidad de competir en precio y calidad mientras que, simultáneamente, la empresa originalmente industrial se dedicaba a explorar la especulación financiera.

Un fenómeno de tanta magnitud abrió en Estados Unidos las compuertas del análisis crítico.

Del planteamiento comparativo del proceso tecnológico se pasó al examen de la organización del equipo humano que interviene directamente en la producción de bienes,

tanto dentro de la unidad productiva como en la organización sindical. Como la eficacia de una organización económica global se mide por la aptitud competitiva en el mercado desde que el sistema capitalista se fue convirtiendo en una realidad universal, siglos hace, la actitud crítica no se detuvo, dentro de Estados Unidos, en el sector industrial sino que comenzaron a surgir opiniones que descubrían una declinación económica generalizada, lo que proyectó serias dudas acerca del porvenir inmediato.

Desde luego, los fenómenos económicos, incluyendo la competencia en el mercado, no hablan nunca con la elocuencia que algunos comentaristas pueden suponer. Esto abre permanentemente la posibilidad de interpretaciones muy divergentes, en una escala que puede sorprender a algunos observadores que aún sustentan la creencia de que lo económico es tan preciso, tan exacto como lo deja suponer su presentación matemática. Cuando se trata de juzgar una realidad inmediata, el mismo fenómeno y el mismo dato matemático suscitan interpretaciones diferentes y, a menudo, extraordinariamente alejadas las unas de las otras.

No puede, pues, sorprendernos que la comprobación de la pérdida de la capacidad competitiva de la industria estadounidense en el orden mundial haya provocado opiniones muy divergentes y se encuentre aún en el núcleo de una permanente polémica.

Nada que se refiera a la capacidad industrial en los días contemporáneos deja de proyectarse ampliamente sobre el conjunto de una estructura económica y, por supuesto, de una estructura social global. Si declina una capacidad productiva industrial no hay sector económico que deje de conmoverse. Los problemas nuevos se multiplicarán y será difícil prever las proyecciones que el proceso tendrá en las estructuras no económicas de la sociedad en su conjunto.

Tratándose de la economía de Estados Unidos es indudable que estos cambios pueden tener consecuencias internacionales de todo orden. No es nada fácil plantearse hipótesis de trabajo para enfrentar un futuro en esas condiciones. La única realidad que nos consta es que la dinámica internacional se ha acelerado notablemente y que un observador

inteligente debe ser capaz de enfrentar los cambios más inesperados y profundos.

Cierta pérdida de la capacidad competitiva del producto industrial estadounidense había sido advertida, desde luego, en algunos medios especializados y ambientes empresariales de América Latina desde hace algún tiempo, pero la magnitud verdadera de esta tendencia no apareció en sus proyecciones reales ante el observador latinoamericano sino hasta años muy recientes.

Sobran argumentos, sin embargo, para subrayar la importancia excepcional que esta tendencia puede tener para las economías latinoamericanas y, más aún, para todo el ámbito político en el cual se desenvuelven los países de nuestro subcontinente.

Este trasfondo histórico es indispensable para medir la importancia del trabajo que hoy presenta la profesora Rosa Cusminsky. Se trata de una revisión de la polémica que esta coyuntura tan importante ha suscitado dentro de Estados Unidos. A partir de una vasta información sobre las fuentes originales, la autora presenta las opiniones divergentes que han surgido en cada uno de los ángulos en que la cuestión ha sido planteada.

La investigación que aquí se presenta adquiere en la actualidad un valor incuestionable para el lector latinoamericano. Se trata de una síntesis objetiva y precisa, notablemente actualizada, de una polémica que en Estados Unidos ha alcanzado en años muy recientes una gran intensidad porque, como es obvio, implica enfocar un problema que adquiere vital importancia para el porvenir inmediato de la economía nacional y, por lo tanto, del país mismo.

La profesora Cusminsky ha logrado cumplir el objetivo que se propuso, que es el de presentar un cuadro lo más completo posible y lo más actualizado de un conjunto de opiniones contradictorias. No es tarea fácil un objetivo de esta naturaleza, por lo cual resulta grato comprobar que ha sido logrado con pulcritud, claridad expositiva y riqueza de datos originales.

Esta obra, uno de cuyos méritos reside en la capacidad de síntesis, puede cumplir en los países de América Latina una misión importante y particularmente oportuna, porque los

problemas estructurales y el porvenir inmediato de la economía estadounidense se vinculan íntimamente con las posibilidades económicas y políticas de los años próximos en nuestros países latinoamericanos.

SERGIO BAGU
Universidad Nacional Autónoma
de México.